

LUQUE MOYA, Gloria, *El pulso estético de la vida cotidiana. Un estudio comparado entre John Dewey y Confucio*, Granada, Comares, 2019, 264 pp., ISBN 978-84-9045-878-5.

Tanto la filosofía oriental como la occidental tienen en común la búsqueda del saber. La diferencia radica en cómo se entiende la sabiduría en ambas filosofías de distintas culturas. En occidente, el foco está puesto en preguntas como «qué es la verdad», se busca un conocimiento que cosifica y que aísla conceptos. En oriente, en lugar de la búsqueda de este conocimiento, de lo que se trata es de entender «cómo interactuar con la realidad». Uno trata de crear conceptos, principios o teorías que permitan conocer la realidad que habitamos, mientras el otro trata de encontrar un modo de interactuar que derive en una existencia armónica. A pesar de esta fractura entre Oriente y Occidente, no debemos olvidar que ambos tienen bases primigenias muy semejantes, o incluso podríamos decir iguales. En ambas encontramos enseñanzas sobre el arte de vivir, no hay más que pensar en Sócrates. Oriente y Occidente tomaron caminos diferentes. Unos contemplaban las ideas, mientras otros, dejándolas pasar, se contemplaban a sí mismos.

En esta obra de Gloria Luque encontramos un estudio comparado entre John Dewey y Confucio, ambos con contextos muy diferentes en lo que se refiere tanto al tiempo histórico como al lugar. Confucio fue un pensador que vivió durante los siglos

VI y V, lo que quiere decir que vivió contemporáneamente con otros pensadores relevantes a lo largo de la historia, como Buddha o Sócrates. John Dewey fue un pensador norteamericano que vivió durante los siglos XIX y XX. Pero, pese a estas grandes diferencias, los dos comparten un mismo interés: el de elaborar una relación armónica con aquello que les rodea. Tanto Dewey como Confucio se preocupan por la continua interacción con el medio y quieren establecer un orden estético, un arte de vivir. No pretenden que este orden estético llegue a ser un principio o teoría estáticos, sino que entienden que la relación del ser humano con el medio está en un continuo proceso de cambio; tanto el ser humano como el contexto de acción están en un continuo hacerse, por eso en las obras de Dewey y de Confucio el «camino» es el modo de acción.

En estas páginas el trabajo se centrará en analizar los términos claves de ambos pensadores: la experiencia estética de Dewey y la noción de armonía de Confucio. Para este análisis se ha prestado especial atención a múltiples textos que trabajan el pensamiento estético de Dewey, a las propias conferencias de Dewey y a la correspondencia que mantuvo con allegados; también a las *Analectas* de Confucio y a dos textos claves en el confucianismo, el *Libro de los ritos* y el *Libro de los cambios*. El trabajo comparado entre ambos pensadores permite trabajar aspectos de la estética de Dewey que han sido rechazados poniéndolos en cuestión, y, por otro lado, mejora y amplía el camino para estudiar la filosofía deweyana, al abrir enfoques que habían sido negados, sin alejarse del contexto histórico y biográfico de John Dewey. Aquí el objetivo es replantear el pragmatismo deweyano llevándolo más allá de su contexto cultural.

La obra se estructura en dos partes. La primera parte se dedica al análisis del proyecto filosófico de Dewey, y a su vez se divide en tres capítulos que analizan la base y fundamentación de la experiencia estética dentro del naturalismo cultural; la segunda, se estructura en tres capítulos, y se centra en la cualidad estética y las características de la experiencia estética desde tres focos: la experiencia estética como proceso, como acto de expresión, y como arte.

Lo primero que destaca la autora en esta obra es el método denotativo de Dewey, quien, avanzado o fuera de su tiempo, quiere volver a retomar la relación de filosofía y vida. El método denotativo lo introduce a través del naturalismo. El naturalismo de Dewey es constructivista, no hay nada estático en él, sino que todo está en continuo proceso de cambio, las esencias se crean o construyen, cada cosa es un evento que se muestra o desvela a la experiencia. Según David Hall y Roger Ames, en Confucio también encontramos este proceso de cambio y creación, porque cada elemento del instante, cada una de las situaciones a su vez generan otros eventos. Así, el pasado que permitió el presente y el presente que a su vez genera los eventos futuros desvelan la relación en el instante del pasado, presente y futuro.

En el segundo capítulo se analiza el empirismo inmediato, que es la ontología humanista de Dewey. El autor intenta superar los dualismos a partir de una ontología que parte del continuo proceso al que están sometidos los seres vivos y su medio. Dewey defiende la continuidad que se da, en ambas partes, en la inmediatez de cada situación, tratando así cada evento o situación como algo que está en proceso, algo dinámico. En el tercer capítulo se presenta la teoría del significado de Dewey en relación con el rito del pensamiento de Confucio. Tanto la noción de hábito en Dewey como la noción de rito en Confucio quieren estructurar las formas de significar el mundo,

teniendo como base que cada persona genera sus propios significados a partir del contexto en el que se encuentra. Aquí tienen un papel crucial la imaginación y la creatividad del individuo, sin ignorar que hay un condicionamiento del trayecto personal en esa creación.

A partir del análisis de la experiencia estética, la segunda parte de la obra pretende mejorar nuestra experiencia inmediata, la de la vida cotidiana. Empieza en el capítulo cuarto con el estudio de la experiencia estética como proceso, ampliándose con la noción de armonía de Confucio. Este capítulo responderá a la pregunta sobre cómo se tiene una experiencia estética o cómo alcanzar la armonía de la que habla Confucio. Las características de las que aquí se hablará, y que son imprescindibles para hacer de una experiencia común una experiencia estética, son, en primer lugar, las de la unidad entre las partes y, en segundo lugar, la de ritmo, común en todas las partes que conforman el instante en que se dará la experiencia. La noción de ritmo se refiere al esquema de la variación ordenada que se da en la organización de las energías. Esto Dewey lo recoge en su noción de forma. Otra característica propia de la experiencia estética es la de atención plena consciente, de modo que la disposición de la persona para hacer de una experiencia algo estético debe ser tanto mental como física.

El quinto capítulo se dedica a la experiencia estética como acto de expresión, destacando sobre todo la noción de emoción en Dewey. Para Dewey el papel de las emociones en la experiencia es hacernos conscientes de cada situación, de manera que podamos así usar nuestra capacidad imaginativa y crear nuevos significados, es decir, a partir de las emociones los seres humanos crean nuevos modos de interacción con las situaciones. Las emociones para Dewey tienen el contexto biológico, social y cultural como condicionante. Este y la trayectoria del individuo son los que marcan las emociones. En el último capítulo se estudia la experiencia estética como arte, «arte como experiencia», dando solución a los problemas que surgen de esta concepción a partir del diálogo con la noción de arte de Confucio, que se estudiará desde tres enfoques diferentes: el arte como necesidad biológica, como celebración de una cultura y la funcionalidad del arte. Dewey pretende superar los dualismos que desde hace tiempo y en la actualidad someten al arte, como los de artesanía-arte o el de arte y la vida cotidiana. Esto se debe a que él considera que, a partir del arte y las prácticas estéticas, se intensifican las experiencias cotidianas. Este enfoque permitiría introducir en el área de la estética prácticas artísticas de otras culturas que tienen un enfoque práctico como el que Dewey les atribuye, en lugar de la categoría occidental de arte. Para él, el arte es un encuentro universal de lenguaje, es una forma de comunicación global que trasciende las diferencias culturales. Podemos ver que, a partir de la noción de Dewey de experiencia estética, se facilita la comunicación y los encuentros entre culturas, y también, se intensifica la experiencia de lo cotidiano. Dewey, al igual que Confucio, propone o contribuye a eso que llamamos «arte de vivir» a partir de la capacidad imaginativa y creadora del hombre en la interacción con el mundo, lo que llamaremos el pulso estético de la vida cotidiana.

Ana Muñoz Nieto